no pongas esos ojos feroces... Vete á hacer compañía á Ester, que está sola, y ven mañana á hablar conmigo en el pabellón del parque... Hay tiempo para todo.

Dicho esto, la joven se dirigió hacia Nuño, que se adelantaba á su encuentro. Y con una sencillez de tono, con una ingenuidad de mirada que devolvieron la calma al banquero, dijo:

—Las gracias que no has podido dar á Pont-Croix, me he encargado yo de dárselas.

—¡Cómo! ¿Era de eso de lo que hablábais?

—Únicamente. Ya sabes que mi preocupación constante eres tú.

El rostro de Selim se dilató y se iluminó:

—Y qué, ¿se ha humanizado ese feroz personaje?

—Todo lo que ha sido preciso para oir el sermón que le he dirigido acerca de tí. Estáis en paz ahora el uno con el otro.

—Sí, pero yo no lo estoy contigo.

Fijó en él la joven una tierna mirada, y, con voz conmovida, le dijo:

—¿No te debo la dicha?

VI

No hay hombre á quien se pueda decir: «Tal mujer te ama», así sea fea ó vieja, que no experimente un secreto contentamiento. El amor tiene, en este caso, un cómplice bien poderoso: es el amor propio. Ciertamente, Clemente habría podido estar cansado. ¡Había tenido tantas buenas fortunas, y tan brillantes! Y, sin embargo, al acordarse de lo que Manuela le había contado acerca de Ester, sentía algo de enternecimiento simpático. Encantadora, en verdad, era aquella rubia judía de ojos negros, y tan diferente de su padre, que casi al verla ocurría preguntar si la mujer de Nuño... ¡Pero ésta pasó por una honrada mujer!

Así monologaba Pont-Croix, sacudiendo unos matorrales de aulagas y de retamas, donde había visto meterse una bandada de perdices. La perra negra y blanca, que olfateaba á diez pasos delante de él, se echó sobre las amarillas hierbas y se deslizó con lentitud y precaución, mirando á su amo de un modo que significaba claramente: «¡Atención! ¡Aquí están, delante de mí!»

Allí estaban, porque, al cabo de unos minutos, salió un macho cacareando, y cayó muerto. A la

detonación, toda la bandada, alzándose con gran ruido de alas, voló, formando una especie de abanico.

De su segundo disparo, Clemente derribó dos perdices. Metiéndose por entre las aulagas, salió al camino, y, cogiendo las tres piezas que su perra le traía una á una, las colocó en la red colgada del hombro, y, con la escopeta descargada, se sentó al sol en la orilla de la cuneta.

Delante de él la colina bajaba, en dulce pendiente, hacia el Marne, que se deslizaba entre los juncos y los mimbres, que ondulaban mecidos por la corriente. A cien metros, en un recodo, sobre un banco de arena dejado casi al descubierto por la sequía, los chicuelos de Précigny se bañaban, lanzando gritos. El agua, levantada por sus manos en la batalla que libraban, volaba en irisado polvo. Y desnudos, indecentes, soberbios, jugaban, como salvajillos, en la onda templada y el aire puro.

Enfrente, al otro lado de una isleta, se ofrecía á la vista el ribazo de Chalifert, gredoso, agujereado por el túnel del ferrocarril; y á lo lejos los macizos de árboles de Coupvray se escalonaban, negros, bajo el cielo azul. En los campos, cortados por oscuros surcos, los parajes nuevos formaban manchas amarillas, y las anchas piezas de remolacha extendíanse, verdes, al lado de rastrojos erizados y rubios.

Una profunda calma envolvía las cosas, y Clemente, con su perra á los pies, seguía allí soñando, escuchando distraidamente las voces alegres de los niños que juguetaban en el río. Sentía una tristeza que no podía vencer, melancolía de su irremediable decadencia. Tenía treinta y tres años, acababa su juventud, é iba á entrar en el período de la vida en el que las satisfacciones del lujo sirven de útil compensación á los placeres que disminuyen. ¿Qué tenía en perspectiva? La soledad agriada de un hombre arruinado, el inevitable olvido, el mortificante abandono. Porque si todavía se hacía á su pasado esplendor la limosna de algunos favores, estos favores irían disminuyendo, como aquel mismo esplendor. Y acabaría por no ser más que un antiguo buen mozo, que viviría en el campo, desconocido de las generaciones nuevas, fuera del movimiento y completamente fósil. Y durante años, arrastraría aquella existencia vacía, monotona, sin alegrías, entre sus criados y sus perros.

¿No había hecho mal en rehusar casarse, cuando sus parientes lo habían apremiado para que lo hiciera? Se había obstinado por vanidad, no queriendo deber á una mujer la vuelta al antiguo lujo. En suma: ¿qué deshonor había para él en aceptar la mano de una mujer bien nacida y rica? ¿Cuántos de sus amigos habían vuelto á dorar su blasón, casándose con hijas de opulentos burgueses? ¿No eran muy bien vistos y muy considerados? ¿No se opinaba en el mundo que esas fortunas, adquiridas á fuerza de trabajo, y algunas veces de genio, eran los gajes de los descendientes arruinados de las familias ilustres? Había en esto casi como una conquista hecha sobre las clases nuevas, como una cruzada contra los infieles, sectarios del Becerro de Oro.

Pensó, con una sonrisa, que la más hermosa y una de las más ricas de estas conquistas estaba á su alcance, si Manuela había dicho la verdad: la hija de Nuño, de quien se decía que era más de cien veces millonario, de Nuño, su espoliador, el dueño actual de su dominio. ¡Qué victoria y qué desquite!

¿Pero por qué había añadido en seguida la portuguesa que la joven estaba destinada á Brucken? ¿Habría querido sondear el corazón de Clemente, y asegurarse de que sería insensible á los avances hechos por Ester? Se sonrió. Sabía que Manuela era bastante lista para haber improvisado inmediatamente aquella escena.

Así estaba muy cerca de la verdad, y descubría casi los secretos móviles á que obedecía la linda joven. No penetraba la intriga final: la del matrimonio con Selim; pero adivinaba que aquélla protegía á Huberto en la casa, y favorecía sus miras sobre la hija de su amigo. Y pensó: «No les crearé dificultades. Pueden maquinar lo que quieran, y engañar á su gusto á Nuño. Esto será pan bendito...»

Involuntariamente volvió sobre la impresión que le había producido Ester. La vió sencilla, serena y seria, tan diferente de los que la rodeaban, y un nuevo sentimiento de simpatía le impulsó á compadecerla. Le pareció que valía más que la suerte que la estaba preparada; pero concluyó así: «¿Qué puedo yo hacer? ¿Depende de mí que suceda otra cosa?... ¡No! Son, por consiguiente, inútiles todas las consideraciones.»

Se levantó, puso la escopeta en bandolera, y, silbando á su perra que se había dormido al sol, tomó la dirección de la Encomienda. Seguía el camino que bordea el Marne, cuando, al llegar al recodo que se encuentra justamente por encima del baño, llamaron su atención desesperados gritos. Dió algunos pasos rápidamente, y llegó á la orilla.

Una veintena de chicuelos enloquecidos, gesticulando, llamando, pero sin dejar el refugio del banco de arena, miraban á uno de sus camaradas, un niño de ocho años que, habiendo perdido pie, luchaba en medio de la corriente, pálido de espanto, gritando: «¡Socorro!», con una voz ahogada por el agua que le entraba en la nariz y en la boca á cada momento, y empujado dulcemente por el pérfido río hacia un remolino que indicaba una hoya.

—¡Se va á ahogar ese imbécil!—gritó Clemente á los chicuelos.—Alárgale la mano... ¿No sabe nadar ninguno de vosotros?...

Los bañistas no atestiguaron la estima en que tenían á su camarada más que aumentando sus clamores. Corrían como locos, con el agua hasta la cintura; pero no iban más lejos. Clemente vió desaparecer el niño. Dejó la escopeta y la red, se quitó la blusa de caza y el chaleco, y bajando de un brinco el ribazo, saltó al río. Detrás de él, la perra dió un segundo «plaf» en el Marne, y comenzó á nadar en su seguimiento. Todo lo que se veía ahora del niño era un brazo agitando una mano crispada. Arrastrado por el remolino, desapareció.

Reinaba un profundo silencio, tan impresionados estaban los espectadores por el interés de la es-

cena. Sólo se oían los cascabeles de un carruaje de dos caballos, que venía de Précigny entre una nube de polvo. Salió de él un doble grito de horror, y, deteniéndose bruscamente los caballos, la señorita de Faverger y Ester bajaron temblorosas al camino.

En la superficie del río sólo se veía nadar al perro, que daba vueltas con inquietud. Clemente se había sumergido.

Volvió á subir á la superficie, rojo del esfuerzo hecho para retener el aliento. Respiró fuertemente, y se fué á fondo otra vez.

Transcurrieron algunos segundos, tan largos como un siglo, y el nadador reapareció diez metros más lejos.

Esta vez tenía al niño en sus brazos. Conmovió los aires un grito de triunfo, y todos los chicuelos, saltando al agua como ranas, atravesaron el pequeño brazo que separaba el banco de arena de la orilla, y precedieron á Clemente, que llevaba á su camarada desvanecido.

—¡Largo de aquí, cobardes, y vestíos!—gritó el marqués haciendo pie.

Sólo entonces vió á Ester y á su aya, pálidas, los ojos llenos de lágrimas, que se inclinaban hacia él. Sintióse muy contrariado de haber sido sorprendido en flagrante delito de salvamento, y todo mojado. Frunció el entrecejo, pero, apresurando el paso, alargó el niño, que no se movía, á la Srta. de Faverger, y agarrándose á las malezas, escaló la pendiente resbaladiza.

—¿Esta muerto, caballero?—preguntó la joven con voz ahogada.

—No, señorita; respira, pero está medio asfixiado. Convendría envolverlo en algo caliente...

—Pronto, mi buena Faverger, la manta de los caballos...

—Y llevarlo á su casa...

Al hablar así, Clemente daba tan fuertes palmadas en la espalda del chicuelo, que su piel se ponía encarnada y el ahogado lanzó un gemido.

—Ya ven ustedes, está bien vivo... ¡Pero buen trago ha bebido!

—¿Y por usted no podríamos hacer algo, caballero?

—No, señorita, muchas gracias; estoy á tres minutos de mi casa... Voy á volver corriendo: esto será muy bueno para mi perra y para mi... ¡Ah! Este niño es hijo de Collar, el panadero que hay á la entrada de la aldea... Ruego á usted que me dispense si me voy á escape, pero el agua no está tan caliente como se podría pensar.

Recogió sus ropas, la escopeta y la caza, y echó á correr por el camino de la Encomienda, perseguido por los alegres gritos de los chicuelos, que, vestidos, se dirigían precipitadamente á Précigny para contar el suceso.

Ester puso al niño sobre las rodillas de la señorita de Faverger, y al trote largo de sus *poneys*, se dirigió á casa del panadero.

Al correr hacia su casa, Clemente se decía: «¡No faltaba más que esto! ¿Y hay algo más ridículo que mi caso? ¡Hago salvamentos á la vista de las herederas! Manuela no dejaría de insinuar que he preparado la escena con ese mocoso. Un verdadero

cuento de Perrault: «Pasa la hija del Rey, y el Gato con Botas grita: ¡socorro! ¡Ahí está mi amo el marqués de Carabas, nadando entre dos aguas! ¡Mirad qué bien salva á los niños delante de las jóvenes millonarias!» ¡Al diablo, al diablo! ¿Qué venía á hacer esa muchacha á la orilla del río? ¿Es que me va á perseguir así? ¿No podré dar un paso por la comarca sin verla asomar en el horizonte?»

Llegó á la Encomienda. Pasó por delante de sus criados, estupefactos de verlo en mangas de camisa y calado, y gritó á Celestino:

—Sube á frotarme para que no atrape un catarro. Y usted Constanza vaya á casa de Collar á preguntar si el galopín de su hijo, que nada como un martillo, ha recobrado el sentido.

Subió la escalera y desapareció en su cuarto, mientras que la perra tan mojada como su amo, se hacía una pelota filosóficamente delante del hornillo de la cocina.

El chapuzón del hijo del panadero había sido serio.

La cocinera volvió diciendo que había recobrado el conocimiento, pero que ahora tiritaba en la cama con un horrible acceso de fiebre. El médico, el Sr. Hugonet, parecía preocupado, y el cura, el venerable abate Pierquin, acababa de llegar á casa de Collard para saber noticias.

Clemente se paseaba por el jardín, fumando un cigarrillo, cuando Constanza le trajo estos informes. Se sentía bien; un dulce calór, producido por la reacción de la violenta carrera después del baño forzado, daba flexibilidad á sus miembros. Dijo:

—El miedo es lo que le ha puesto malo. Eso no será nada.

Siguió dando paseos mientras llegaba la hora de la comida.

Al día siguiente, á las diez, resolvió ir él mismo á preguntar como seguía el enfermito. Tenía intención de pasarse por la casa del cura, para llevar caza á su anciano amigo el abate Pierquin, con quien había hecho su primera Comunión. Al cruzar Précigny, entraría en casa de Collard.

Era éste uno de los antiguos móviles de la guerra, y un lazo de respetuoso compañerismo unía á todas aquellas buenas gentes con su antiguo teniente.

El tiempo era hermoso: ligera y azulada niebla flotaba sobre las colinas, y los campos estaban empapados de rocío. El camino parecía una cinta blanca entre los taludes cubiertos de césped de sus orillas. Clemente, con el bastón en la mano, seguido de su perra, llegó en algunos minutos á la entrada de la aldea.

Junto á la tienda de Collard charlaban tres comadres, y atada á la anilla de hierro que servía para el caballo del panadero, el marqués reconoció la yegua blanca del doctor Hugonnet. Dormía con la cabeza baja, entre las varas del tílbury. «Estará acaso peor el niño?» pensó Pont-Croix con disgusto. Apresuró el paso, y llegaba enfrente de la casa, cuando Collard, lanzándose del mostrador, se precipitó al encuentro de su antiguo jefe.

—¡Ah, Sr. Clemente, Sr. Clemente!

No pudo decir más, y se apoderó de las manos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

del marqués, estrechándolas con enternecimiento. Las comadres se unieron al padre, y alrededor del joven alzóse un concierto de exclamaciones de gratitud.

—Vamos, Collard, ¿cómo sigue tu hijo? ¿Lo ha puesto malo el baño?

—¡Oh, sí; está malo el pobrecito, está malo... Pero á no ser por usted, en vez de estar en su cama, y bien cuidado por nuestro buen Sr. Hugonnet, estaría en alguna hoya del Marne... ¡Ah, Sr. Clemente, Sr. Clemente!

Y estrechaba al marqués las manos, llorando.

—Eso no vale nada,—interrumpió Pont-Croix: en mi lugar, habrías hecho lo mismo por cualquiera... Pero, ¿qué dice el doctor?...

—Si quiere usted entrar... está ahí... El sabrá explicarle... Y, además, mi mujer podrá dar á usted las gracias... ¡Pobre madre!... No se ha separado de la cama desde ayer tarde...

—Bueno, vamos... Mira, haz llevar esta caza á casa del cura.

—En seguida, Sr. Clemente... Tía Jacquet, usted que vive al lado, háganos este favor... Gracias... ¡Ah, nuestro querido cura! ¡Fué tan bueno anoche!... Prometió volver esta mañana... Lo mismo que la Srta. Nuño.

Pont-Croix, que cruzaba la tienda, frunció las cejas; pero no pudo saber si el anfibológico Collard queria decir que la Srta. Nuño había sido tan buena la víspera como el cura, ó si había prometido, como él, volver al día siguiente. Por lo demás, poco le importaba.

Había resuelto entrar y salir. Cosa de algunos minutos. Entró en la casa.

En el piso bajo, abiertas las ventanas que daban al jardin, en una gran alcoba, el doctor Hugonnet y una joven estaban en pie junto á la cama del niño. Este, muy encarnado, latiéndole las sienes, la frente empapada en sudor, ardía de fiebre. Al oir pasos se volvió la madre, y, señalando al enfermito, con un gesto de honda aflicción:

—¡Oh, Sr. Clemente! ¿Nos lo ha sacado usted del río para que muera aquí?

Rompió á llorar y se dejó caer sentada al pie de la cama, ocultando el rostro entre las sábanas, por las cuales corrieron sus lágrimas. Pont-Croix, conmovido por aquel violento dolor, le hablaba dulcemente, prodigando palabras de esperanza. Pero ella sin responder, enervada por una larga resistencia, volvía la cabeza ahogando sus sollozos. El doctor Hugonnet llevó al joven hacia el jardín, y dijo:

—Dejémosla llorar con libertad, esto la calmará.

—¿Está tan mal el niño?

—Sí... Es cosa seria. Probablemente jugó en el agua, al sol, durante mucho tiempo; encima de esto el principio de asfixia; de manera que tiene una congestión cerebral y se puede temer una meningitis... Lo previ ayer... La Srta. Nuño ha debido telegrafiar para llamar de París al doctor Maranval, el especialista para los niños... Se ha portado muy bien esta joven: con mucho corazón, tacto, gracia, y sobre todo sencillez... Mire usted ahí viene, sin duda con mi colega... Debía ir á la estación del ferrocarril para recogerlo y traerlo...

En efecto: los cascabeles del carruaje de Ester sonaban en el camino. Clemente hizo un brusco movimiento de contrariedad, y dió un paso hacia la puertecilla del jardín. Pero el cesto, dando la vuelta á la esquina de la callejuela, acababa de pararse allí. Por encima de la tapia asomaron el sombrero del lacayo y la fusta de Ester.

Sin duda había querido la joven evitar que se apeara el médico en la puerta de la panadería ante los curiosos reunidos, y presentándose en la puerta trasera, burlaba á los ociosos. Seguíala Maranval. El doctor Hugonnet se precipitó delante de su ilustre colega, y Pont-Croix quedó en presencia de Ester. Esta no pareció asombrada de verlo allí. Le hizo un gracioso saludo con la cabeza y sin inútiles preparaciones:

—¿Ha visto usted al niño, caballero? ¿Cómo se encuentra esta mañana?

—El doctor Hugonnet no está contento. Tiene una gran fiebre y teme complicaciones cerebrales.

—¡Pobrecito! ¡Es muy guapo! Ayer al recobrar el conocimiento, cuando supo que era usted quien lo había salvado, dijo: «¡Oh, no me extraña, es tan bueno!»

La joven fijó en Clemente sus grandes ojos serenos, y añadió con profundo acento:

—¡Es usted muy dichoso, caballero, con ser tan amado!

—Me parece, señorita,—dijo Pont-Croix dulcemente,—que usted hace todo lo posible para que la amen también.

—¡Oh! Ya sabe usted—añadió con melancolía—

que á nosotros se nos exige mucho más que á cualquiera, y se es á menudo injusto...

¿Quería decir: nosotros los judíos, ó nosotros los millonarios? Acaso las dos cosas. Pero la amargura del tono respondía al desencanto de las palabras.

Continuó:

—¡Pero no importa! Hay que hacer el bien por el bien mismo, y porque es dulce aliviar los dolores y consolar las tristezas. En el fondo, casi no hay nada más que esto de bueno en la vida.

Pareció volver en sí, y con una sonrisa:

—Pero nada de lo que digo tiene interés para usted, caballero. Dispense usted. Voy á ver al niño. ¿Estará usted aquí todavía cuando yo salga?

En el momento en que Ester llegaba, Clemente se iba, y le había contrariado verse retenido á pesar suyo. Ahora no tenía más que despedirse y retirarse. Sin embargo, respondió:

—Esperaré el resultado de la consulta.

La joven le sonrió amistosamente, como conmovida por su bondad con aquellas pobres gentes, y, ligera, cruzó el jardín y entró en la casa. Andando á lo largo de los caballones de coles y puerros, por las sendas del huertecillo, Clemente pensaba; «¿Que es lo que me pasa? ¿Por qué me he quedado? ¿Voy á cortejar á esa judía? Esto sería una locura. Me obliga á hacer lo contrario de lo que quiero. ¿De dónde procede esta súbita influencia sobre mí? No es hermosa, sus ojos son encantadores, y tiene un gran aire de dulzura: esto es todo. Entonces ¿qué es lo que me gusta en ella? Porque me gusta: es inútil que intente hacerme ilusiones. ¡Vamos! Es porque